

## XXXII

### BATALLA DE BERJA

Al final de diciembre de 1568 toda la Alpujarra estaba alzada. En los primeros días de enero de 1569 comenzaron a ponerse en práctica las medidas de contención y represión de la revuelta. El primero en acudir fue el corregidor de Málaga, que cubrió la baja de Diego de Herrera y sus cincuenta soldados asesinados en Cádiar enviando por la mar cien hombres y bastimentos con el capitán Hernánz Vázquez de Loaisa. Almería envió hombres en una fragata. Con estos soldados y los escuderos que le quedaban Diego de La Gasca rechazó en quince días tres ataques de Abén Humeya. El ocho de enero el reyezuelo cae sobre Adra con ocho mil hombres, mal disciplinados y peor armados. La Gasca con sus sesenta escuderos y trescientos infantes, mejor armados y bien mandados, le mata doscientos hombres y lo pone en fuga. Volvió a cargar Abén Humeya el 24 del mismo mes y La Gasca vuelve a rechazarlo, matándole doscientos veinte hombres. Poco después el reyezuelo ataca de nuevo, se apodera del ganado que pastaba en la vega, La Gasca se lo quita y le hace huir. «Por estas victorias eran bien quisto de sus soldados», según Mármol.

Después que el Hóçaid de Motril se apoderó de la fortaleza de Castel de Ferro, fue sobre Adra, La Gasca le salió al encuentro con noventa arcabuceros y cuarenta escuderos, le mató cien hombres y le obligó a embrenarse en la sierra.

La insistencia de los moriscos en intentar apoderarse de Adra se debía a que, fracasada la rebelión en Almería, Adra era el puerto más inmediato a sus dominios, indispensable para sostener las comunicaciones con el en-

frente africano. En septiembre, alzado el Almanzora, irá sobre Vera con igual propósito y por la misma necesidad. Fracasa allí y los suyos lo asesinan.

Desde los primeros días de la rebelión el Campo de Dalías quedó abandonado. Los pastores moriscos y cristianos viejos, que invernan en él, fueron a ampararse cada cual con los suyos y se llevaron el ganado que pudieron. El 24 de enero nueve pastores dan poder en Almería a Juan García Torres, para que cobre la parte que les corresponde de doscientas veinte cabezas de ganado vacuno de moriscos alpujarreños abandonadas en el Campo de Dalías, que han recogido y traído a Almería.

La rebelión de los moriscos se alargó en una guerra de diverso cariz según las circunstancias. En la primera etapa intervinieron la Chancillería de Granada y las autoridades locales, el marqués de Mondéjar y el de los Vélez; en la segunda etapa tomó parte el mismo rey, que envió a Granada como capitán general a don Juan de Austria y levantó ejércitos más poderosos que los que fueron necesarios para la conquista.

Don Íñigo López de Mendoza, tercer marqués de Mondéjar, salió de Granada el día tres de enero con las compañías de Alhama, Loja, Alcaíá la Real, Jaén y Antequera, el cuatro socorrió Dúrcal, el diez ocupó Tablate y su famoso puente, el once durmió en Lanjarón y el doce socorrió Orgiva, el quince acampó en Pitres, el diecisiete puso el campo por debajo de Trevélez y se rindieron los de Jubiles, el veinticuatro ocupó Ugíjar. Recibió carta de Ana de Almazán, mujer de Lucas de Morales, cautiva en la iglesia de Paterna, en la que le avisaba «como estaban captivas allí muchas christianas y niños y que se temía los auian de llevar a tierra de moros a Berbería y que viniese con su campo a socorro». Los moriscos dieron a Ana el tormento del brasero. El veintisiete Mondéjar derrotó en Paterna a Abén Humeya y rescató a las mujeres y niños que los moriscos tenían encerrados en la iglesia.

El marqués de Mondéjar se retiró a Orgiva, desde donde prosiguió la labor pacífica de la reducción de los moriscos. El marqués de los Vélez se instaló en Terque a la espera de acontecimientos. Abén Humeya, derrotado y solo, se esconde en una cueva de la sierra de Gádor, que cae por encima de Dalías.

En los últimos días de diciembre llegaron a don Luis Fajardo de la Cueva, segundo marqués de Vélez-Blanco, cartas de las autoridades civiles y eclesiásticas de Baza, Guadix y Almería y de don Pedro de Deza, presidente de la Chancillería de Granada, pidiéndole socorro y las atendió con tal diligencia que para el dos de enero, en seis días, había reunido un regular ejército con gente de sus señoríos en el reino de Murcia y de

sus amigos de Lorca, lo equipó a su costa, escribió al rey solicitando su licencia para entrar en la jurisdicción del capitán general y salió a campaña con un ejército de tres mil infantes y trescientos caballos, armados los más de picas y espadas y los menos de ballestas, arcabuces y escopetas. Tan abigarrado conjunto en vestimenta y armamento, cada cual vestía la ropa de faena de su oficio y la mayoría eran agricultores, iba bien ordenado por escuadrones según las armas.

Bajó don Luis por Oría a Olula del Río, el día seis cruzó la sierra de Filabres y bajó a Tabernas, donde esperó hasta el día trece que, con la licencia del rey en su poder, fue sobre Huécija, castigó a los moriscos y se le fueron la tercera parte de los hombres con el botín. Liberó a las mujeres y niños, que los moriscos tenían cautivos; no pudo hacer lo mismo con los hombres, que los moriscos asesinaron antes de huir a la sierra de Gádor.

Llegó a Almería la noticia de que el marqués de los Vélez, desbaratados los moriscos en Huécija, iba a caer sobre Félix. «...don García de Villarroel, hombre mañoso y codicioso de honra, queriéndole ganar por la mano, salió de la ciudad con setenta arcabuceros a pie y veinticinco hombres de a caballo, y el mismo día miércoles bien de mañana se puso en un puerto, que está un cuarto de legua de Félix, a vista del lugar por donde de necesidad había de entrar el campo del marqués de los Vélez. Su fin era que los moros, viéndole asomar, entenderían ser la vanguardia del campo del marqués y huirían del lugar y podrían robarlo antes que el marqués llegase; mas no le sucedió como pensaba, porque siendo descubierto, los moros se pusieron en armas y dejando el lugar atrás, tocando sus atabales y jabecas, salieron a esperarlo puestos en escuadrón con dos manguilas de escopeteros delante. Primero enviaron cincuenta hombres sueltos a reconocer y tras ellos otros quinientos a que tomasen un cerro alto, que está a caballero del puerto, y para que se entendiese que tenían mucho número de gente, hicieron otro escuadrón de muchachos y mujeres, cubiertas con las capas, sombreros y caperuzas de los hombres, y puestos al pie del sitio antiguo de un castillejo que allí había. Viendo pues don García de Villarroel tan gran número de gente como desde lejos parecía y la orden con que habían salido, cosa nueva para los de aquella tierra, entendió que debía haber turcos o moros berberiscos entre ellos, y teniendo su juego por desentabiado, volvió hacia donde iba nuestro campo, por ser aquel el camino más seguro para su retirada. No tardó mucho de verse con el marqués de los Vélez, y dándole cuenta de lo que pasaba, le preguntó si entendía si osarían aguardar los enemigos; diciéndole que creía que sí, porque tenía aviso que estaban allí el Futey y el Tezi y el Puerto Carrero de Gérgal con más de tres mil hombres de pelea, y que tenían

el lugar barricado y puesto en defensa, le pidió cincuenta soldados de los que llevaba, y dándoselos se volvió aquella noche a la ciudad de Almería, y el marqués de los Vélez prosiguió su camino con los escuadrones muy bien ordenados, mil tiradores delante, la mayor parte de ellos arcabuceros, y él con toda la caballería a un lado».

El dieciocho de enero, martes, don Luis Fajardo puso su campamento a mitad del camino de Felix a Huécija, junto a un aljibe, para pasar la noche. «Era cosa de ver las lumbres, que allí el campo puso, y parecían infinitas; pero no tardó en sobrevenir una tempestad de agua y viento, tan recio que no dejó una viva».

El día siguiente amaneció despejado. Se dio pólvora a los soldados para más de seis horas de combate. El ejército se puso en marcha, Lorca llevaba la vanguardia, Caravaca la batalla y las demás milicias concejiles la retaguardia. El pendón del marqués, que hoy se guarda en la iglesia de Vélez-Blanco, lo llevaba este día Alvaro de Moya, porque el alférez Rodrigo de Benavides se hallaba indispuerto. Llegados frente a Felix, los moriscos, creyendo que eran don García de Villarroel, que volvía á atacar el lugar, salieron a hacerle frente y «se comenzó una pelea más reñida y porfiada de lo que se pudiera pensar». Cuando los moriscos advirtieron que eran los soldados del marqués de Vélez-Blanco, «al que los moros de aquella tierra solían llamar Iñiliz Arraez el Hadid, que quiere decir diablo cabeza de hierro, perdieron esperanza de victoria». Primero se retiraron a las casas del lugar siempre luchando y sin perder la cara, luego se fueron a un cerro, que ahora llaman de la Matanza, en el que resistieron peleando hasta las mujeres.

Cuenta Pérez de Hita que entre los lorquinos iba Francisco Sánchez, hermano de Miguel Sánchez, el sacerdote asesinado por los moriscos de Felix, y unos veinte parientes y amigos, que quisieron vengar su muerte, y sin que lo ordenara el marqués se arrojaron contra los moriscos, les siguieron los demás y comenzó la lucha de un modo desordenado. Cuenta con tintas violetas la lucha entre los soldados del marqués y los moros y moras con la macabra anécdota del niño que seguía mamando los pechos de su madre muerta, episodio que algunos historiadores subrayan como muestra de la barbarie de los soldados del marqués, que sólo tiene la atenuante de que estaban ofuscados por la mayor barbarie de los asesinatos a sangre fría de los cristianos a manos de sus convecinos moriscos, ignorando, por no querer averiguar la verdad, que igual cuadro se mostró a los soldados del marqués de Mondéjar en Laujar, donde los moriscos asesinaron a sangre fría, poco antes de que llegaran las tropas granadinas a unas mujeres que tenían presas en la iglesia con sus hijos, y uno de éstos chupaba la sangre que salía de las heridas del cadáver de su madre, con

la diferencia de que las moras de Felix luchaban con igual furia que los moros y las cristianas de Laujar estaban indefensas.

Pérez de Hita eleva a seis mil el número de moriscos muertos entre hombres, mujeres y niños, cifra exagerada, que Mármol reduce a setecientos, y «entre ellos algunas mujeres, que pelearon como animosos varones hasta llegar a herir con las almaradas en las barrigas de los caballos». Pérez de Hita tomó parte en esta acción, presenció lo que cuenta, pero exagera la cifra de combatientes y bajas moriscas, creyendo alagar al marqués, lo que le afeca Cano y Ureta. Murieron el Tezi y el Futey, los dos cabecillas de los moriscos de Felix y se apresó un hijo y dos hijas del Puerto Carrero de Gérgal. Murieron algunos soldados del marqués y resultaron heridos más de cincuenta.

Los moriscos escaparon a la sierra. Se apresaron muchas moriscas. «Ganóse un rico despojo de bagajes cargados de ropa y de seda y mucho oro y aljófar, con que los soldados fueron satisfechos de la victoria». Muchos desertaron yéndose a dejar el botín en sus casas, lo que obligó al marqués a detenerse en Felix algunos días, durante los cuales llegaron de Murcia cincuenta caballos y quinientos arcabuceros capitaneados por Juan Pacheco, Alonso Gualtero y Nofre de Quirós. De Lorca llegó una compañía de cuatrocientos soldados bien armados y don Pedro Fajardo y don Diego de Quesada con ochenta arcabuceros y veinte caballeros aventureros.

Los de Lorca se amotinaron, porque el marqués mandó ahorcar a Palomares, el lorquino que comenzó la pelea sin orden suya, los capitanes intercedieron por él y el marqués lo perdonó. Este suceso tuvo su estrambote en Terque, donde el marqués se alojó después de desbaratar a los moriscos en Oñanes. Estando viendo desde la ventana de la casa en que se alojaba pasar una compañía de tiradores de Lorca, que acababa de llegar, una bala dio en el borde de la ventana, que si diera más arriba, «allí matara al marqués, que se retiró disimulando el susto». Nunca se pudo averiguar quién disparó, pues otras compañías de arcabuceros hacían salvas al paso de los lorquinos de Alonso de Leiva y en ellas servían algunos moriscos leales. Pudo ser un estallido del malestar de los lorquinos por una movilización tan grande de hombres para la guerra.

Tan pronto el marqués abandonó Felix, los moros que habían escapado a la sierra volvieron al lugar de la batalla y al pueblo en busca de sus mujeres e hijos, «mas no encontraron allí más que los huesos mondos de todos, roídos por los lobos y aun los perros, aquejados del hambre que apura a todos los vivientes... todo el lugar saqueado y quemado y que no habían en él criatura viva». Lloraron la desgracia, que los había arruinado material y espiritualmente. «Y por cierto —concluye Pérez de Hita— me parece que fue demasiada crueldad la que los cristianos ejercieron en

Felix, degollando a todos los vivientes, incluso las criaturas de un año, bautizadas, y en quienes no podía recaer sospecha de culpa».

Salió el marqués de Felix el 30 de enero y fue a Canjáyar a desbaratar a los moriscos reunidos, según sus espías, en Ohanes. El primero de febrero dio el asalto a este lugar, que ocupó después de una sangrienta batalla. El día siguiente celebró la fiesta de la Candelaria. Como Mondéjar había ocupado ya la taha de Andarax, salió de la Alpujarra y puso su campo en Terque. A últimos de abril volvió a meterse en la Alpujarra y puso su campo en Terque. A últimos de abril volvió a meterse en la Alpujarra. Desde Laujar envió al corregidor de Guadiz-Almería Pedro Arias de Avila con tres compañías de infantes a construir un fuerte en el puerto de la Ragua, capaz para alojar dos compañías de infantes, que asegurasen el paso de las escoltas que habían de bajarle los bastimentos desde Guadix. El tres de mayo tres capitanes moros con poca más gente mataron ciento setenta soldados y al capitán Juan de Benavides, al que quitaron la bandera de su compañía y a los demás los pusieron en fuga.

Don Juan de Austria, que estaba ya en Granada de capitán general, envió a Guadix por capitán de la gente de guerra a Francisco de Molina, vecino de Ubeda. Ordenó al marqués de Vélez-Blanco que se detuviera y no penetrara más en la Alpujarra; pero él bajó a poner su campo en Berja «so color de dar calor a la ciudad de Almería y valerse de los panes, que había en aquella taha y en la de Dalías». Su propósito de meterse en el centro de la Alpujarra a desbaratar a los moriscos y acabar la guerra, alzándose con el laurel de la victoria, fracasó entonces y fracasaría en Válor y en Galera, lo que le obligó a retirarse de la campaña al final de aquel año cabizbajo y corrido.

En abril vuelve a estallar la rebelión, herida que había cerrado en falso. Ni los moriscos doblegados por las bravas por el marqués de Vélez-Blanco ni los reducidos por las buenas por el de Mondéjar estaban en paz, principalmente por los demanes de los soldados, que entraron a saquear Bayárcal, Laroos y Válor. Turón fue otro de los lugares saqueados. Hurtado de Mendoza, Mármol y las Actas Jurídicas cuentan lo sucedido al capitán Diego de La Gasca en Turón. Cuando se rebelaron los moriscos de este lugar, enviaron a sus convecinos cristianos viejos a Adra y ellos se metieron en la siera. Después se redujeron y volvieron a su lugar. En los primeros días de abril unos soldados de Adra subieron a robar, los moriscos, que tenían la salvaguardia de Mondéjar se defendieron y mataron once. El día cinco La Gasca subió a castigar la muerte de estos soldados, un morisco lo mató a traición y sus soldados enfurecidos mataron ciento veinte moriscos, saquearon y pegaron fuego al lugar y se llevaron las mujeres y niños a Adra. En otra acción apresaron al Corcuz de Dalías

y lo entregaron con un cencerro al cuello a los muchachos de Adra, para que lo matasen.

Por los mismos días una compañía del ejército del marqués de Vélez-Blanco compuesta de lorquinos entró a robar por las tahas de Berja y Dalías, subió hasta Picena, lugar en el que Mondéjar había dejado dos soldados, para que los soldados desmandados no hicieran daño a sus vecinos. Los lorquinos mataron a uno de los soldados y saquearon el lugar. Cuando volvían con la presa fueron degollados por los moriscos, que recuperaron sus mujeres y sus hijos. «Con esta victoria —anota Mármol— y con la presa que cobraron volvieron los moriscos a sus lugares menos contentos de lo que suelen estar los vencedores, porque los hombres de buen entendimiento veían que era dar espuelas a su destrucción».

Los desmanes de los soldados y los socorros de Berbería empujaron a los moriscos a rebelarse de nuevo. Cuenta Pérez de Hita que estando la rebelión sumergida y Abén Humeya escondido en una cueva de la sierra de Gádor, desembarcaron en Agua Amarga doscientos turcos con los capitanes Caracacha y Mami Agad, unos moriscos de Teresa les previnieron de que la rebelión iba de capa caída y que otros turcos, que habían llegado antes, esperaban navíos para irse. Guiados por un morisco de Torre llamado García, fueron a Sorbas, de aquí a Válór y a la cueva de la sierra en la que encontraron a Abén Humeya. Esto decidió al reyezuelo a lanzarse de nuevo a la rebelión abierta.

Los moriscos volvieron a alzarse contra su voluntad, empujados por los cabecillas de la primera rebelión, por los monjes y por los turcos que habían comenzado a llegar. Don Pedro de Deza, su enemigo mortal, reconoce en una carta a Felipe II que la mayoría del pueblo morisco se alzó por segunda vez contra su voluntad.

Para abril la guarda de la costa se ha reforzado. Se ha triplicado la guarnición de Adra. Desde febrero patrullan desde este punto a Cartagena las galeras de fray Gil de Andrade.

Abén Humeya volvió a ser dueño de la Alpujarra. Residió en Válór y en Poqueira y en los más ásperos lugares. Lo guardaba una cuadrilla de arcabuceros. Llevaba un estandarte bermejo como guión. Fijó como renta real el diezmo de los frutos y el quinto de las presas. Esperó socorros de Berbería para sostener la guerra o navíos para irse allá. Es el informe de Hurtado de Mendoza.

«Los alpujarreños —dice Mármol— comenzaron a poblar sus casas y a labrar de propósito los campos, salían a correr la tierra en cuadrillas, como lo solían hacer sus antepasados antes que aquel reino se ganase, y en la ciudad de Ugjar de Albacete vinieron a tener mercado, donde se

vendían armas, municiones, batimentos y mercaderías en tanta abundancia como en la ciudad de Tetuán». Don Luis de Quijada, consejero de don Juan de Austria, escribía al cardenal Espinosa: «Los moros están más soldados que al principio y con menos miedo y respeto. Creer que ellos van de venir en lo que tienen tratado es burla, sino que es querernos engañar y entretener, esperando el socorro que creen les a de venir. Muchos avisos ay que la semana pasada anduvieron la Alpujarra avisando que esperaban la armada de Argel con el socorro en esta luna, que cuando oyesen la señal, se lavantasen todos».

De «Laujar el marqués de Vélez-Blanco bajó a Berja. Estaba contento con su flamante nombramiento de general del ejército de maniobra, que se preparaba para entrar en el corazón de la Alpujarra. Su ejército se había quedado en tres mil hombres. En Tabernas se había incorporado a su estado mayor don Alonso Aviz Venegas, el morisco almeriense de pro, al que los moriscos rebelados en el Río Almería, habían asustado ofreciéndole la corona de su fantástico reino.

Lo observaba desde Valor Abén Humeya, que no había desistido de hacerse de una salida a la mar por Adra y pensaba que ahora que el marqués estaba flaco de tropa, antes de que bajara a la costa, era el momento de atacarle y destruirlo, para lo que había reunido diez mil hombres, «gente escogida, que el más mozo pasaba de veinte años y el mayor no llegaba a cuarenta». Le ayudaban a mandarlos don hernando el Zagüer, Jerónimo el Maleh, Abén Mequenun y Juan Gironcillo. Hurtado de Mendoza, que toma los datos de primera mano en Granada, reduce a la mitad los diez mil hombres que indica Mármol, tres mil ballesteros y arcabuceros y dos mil piqueros, procedentes de las Alpujarras y de los ríos de Almería y Almanzora. Pérez de Hita, con evidente exageración, dobla la cifra de Mármol hasta diecinueve mil hombres, para que la victoria del marqués parezca más rotunda. Nos quedamos con las cifras de Hurtado de Mendoza.

La batalla debió tener lugar el día uno o dos de junio. Don Luis fue prevenido por sus espías de lo que preparaba Abén Humeya y se dispuso a recibirlo, pues la retirada a Adra ya no era posible, porque los espías habían dado tarde la noticia y el ataque se esperaba para aquella misma noche. El peligro de que los moriscos salieran con su intento era grande y no se le podía advertir a los soldados por si desertaban.

Por eso color de haber recuento de la tropa, don Luis hizo plaza de armas de Zoco o Plaza Vieja y en torno a ésta situó las compañías, las de Lorca, que llamaban tercio viejo y tercio roto, con su capitán Juan Quiñonero las apostó por la Mohaja, en el camino de Dalías. A Nofre Ruiz con las banderas de Murcia en la calle que llamaban del Olivar, entre



la Fuente Toro y Pago, en el camino que subía de Adra por Río Chico, a Alfonso Gualtero con unas compañías en la calle del Agua guardando las entradas de las calles que venían de Julbina, situó unas compañías entre el Picadero y la calle de Alcántara, aguardando a los moriscos, que llegaran por el Humilladero y la calle del Marqués desde el camino del Andarax. Las compañías de manchegos de los capitanes Cantos, Barrionuevo y Cañabate fueron a guardar las casas en que tenían a las moras cautivas. Las compañías de los capitanes Güevara, Rendón, Felices Duque y León Ponce ocuparon el camino de Alcaudique, hoy calle de Faura, y la Carrera de los Caballos, hoy la Carrera. Las compañías de Alhama de Murcia reforzaron los puntos más peligrosos. El marqués se quedó en la Plaza con la caballería; le acompañaban, entre otros, el hijo del conde de La Coruña y don Diego de Leyva.

Tomadas estas prevenciones, el sargento mayor, Andrés de Mora, publicó que se esperaba aquella noche un ataque de los moriscos. Estuvieron toda la noche sobre las armas. De madrugada avisaron al marqués que se oía gran rumor de gente por la parte de Julbina, Llano de Vilches y Mohaja, entradas de los caminos de Ugijar, Andarax y Dalias. Se corrió el rebato de boca a boca.

Abén Humeya, que había salido la tarde anterior de Ugijar con sus hombres, llegó a Berja en las primeras horas de la madrugada. Puso su puesto de mando por el Humilladero. Envió unas compañías a atacar por Julbina, otras por el camino de Dalias y otras por la calle del Agua con orden de llegar cuanto antes a la Plaza, donde sabía que el marqués tenía su alojamiento. Iban los moriscos con las camisas puestas sobre los sayos, para conocerse en la oscuridad de la noche y los cuatrocientos berberiscos recién llegados del enfrente africano, coronados con guilnardas de flores, porque habían jurado vencer o morir en la batalla.

Los primeros en atacar fueron los que venían de la parte de Dalias, que entraron con gran ímpetu por la calle de la Iglesia, que empezaba en la Mohaja. Llegaron hasta las casas en que estaban las moras cautivas guardadas por los manchegos, que huyeron aterrorizados y fueron a guarecerse en la torre de la iglesia, abandonando a sus capitanes y dejando una bandera en poder de los moriscos. El capitán Barrionuevo, ayudado por su alférez, recuperó la bandera y otras compañías taponaron la brecha.

Los moriscos, que bajaban del Humilladero, tomaron la calle del Agua con grande algazara, los recibieron los arcabuceros del capitán Gualtero, que estaban parapetados en puertas y ventanas e hicieron en ellos una gran mortandad. En la Carrera se libraba mientras un duro combate con los que venían de Julbina. Solamente no atacaron por la Fuente Toro.

Abén Humeya enviaba una oía tras otra de hombres, intentando vencer en las calles, pues no podía combatir a la caballería en campo abierto. Volcaba toda su fuerza en la calle del Agua, por la que esperaba llegar antes a la Plaza. A los hombres del capitán Gualtero se unieron los del capitán Güevara. Lucharon bravamente. Las descargas de los arcabuces se sucedían sin interrupción. «Era tanta la humareda de la pólvora —dice Pérez de Hita— que no se podían divisar bien los unos a los otros».

A tal punto llegó para los cristianos el peligro de perderse por las ininterrumpidas oleadas de moriscos que bajaban de la sierra, que don Luis ordenó a las compañías apostadas en la Fuente Toro que se replegaran a luchar en la calle del Agua, ordenó ataque general y él mismo salió de la Plaza con la caballería por un portillo y cargó sobre los moriscos. Ante la fuerza de este ataque los moriscos comenzaron a ceder y replegarse por las calles que subían a la sierra, con lo que los ánimos de los soldados se enardecieron, redoblaron la furia de sus cargas y la matanza de moriscos en huida se hizo general.

Los moriscos cruzaron los caseríos de Capileira y los Cerrillos y buscaron su salvación por los caminos de Castala y de Ilar. La caballería los acosó sin descanso. El auditor Navas de la Puebla mandó quemar unos molinos en los Cerrillos, en los que se habían hecho fuertes noventa moriscos alcanzados en la huida. Entrado el día, las compañías de arcabuceros de don Juan Fajardo y del capitán León los persiguieron por Pixneia e Ilar.

Según los cálculos más moderados, murieron en esta batalla mil quinientos moriscos, perdieron diez banderas y muchos bagajes y bastimentos. De los soldados del marqués veintidós infantes y dos escuderos y otros muchos resultaron heridos. Ordenó don Luis que los manchegos, que habían abandonado al capitán Barrionuevo y se habían refugiado en la torre de la iglesia, recogieran y quemaran los cadáveres de los moriscos, para que con este trato les fueran perdiendo el miedo. Quemaron 1.494. Mandó enterrar sus muertos en el templo parroquial con todos los honores.

Terminada tan felizmente la batalla, que estuvo a punto de destruirlo, don Luis bajó su campo a Adra, adonde llegó el diez de junio. Los primeros días se mantuvo con el trigo que sus soldados le traían del Campo de Dalfas, abandonado por los moriscos. Dio cumplida noticia de la batalla al rey, «pero a don Juan poca y tarde, porque ya comenzaban a reputarse». Quedó «extendida su reputación por España con el suceso de Berja, su persona subida en el mayor crédito».